

## **Grupos animalistas y experimentación en laboratorios**

El desarrollo de las normativas sobre la experimentación animal está creando serios problemas en el mundo de la investigación, especialmente en la biológica dedicada al estudio de la prevención y cura de enfermedades.

Los grupos animalistas han conseguido meter palos entre las ruedas, al menos en la que a Europa se refiere, y aunque la prohibición total de experimentación animal no se ha implantado, este parece ser el objetivo final de dichos grupos.

El sentimiento emotivo hacia los animales y la preocupación por su bienestar no es intrínsecamente malo, todo lo contrario. Pero como todas las cosas, debe estar en equilibrio con el conjunto de realidades y necesidades, y la actitud desmedida e irracional de se plantean esos extremos les hace asemejarse a las religiones, igualmente dogmáticas, ilógicas y fanatizadas.

En defensa de tales posturas se alegan argumentos que son falsos. Las alternativas a la experimentación con animales no está hoy lo suficientemente avanzada como para ser un sustituto efectivo. Las investigaciones limitadas a células y tejidos aislados son ciertamente útiles pero no concluyentes, porque la interacción de los productos experimentales con dicho material y, comparativamente, con el cuerpo entero del individuo sometido a experimentación puede diferir enormemente y presentar efectos secundarios no previsibles.

Recordemos que, tras los experimentos con animales que permiten descartar los efectos más peligrosos, se requiere un paso final de experimentación con humanos antes de que el producto final pueda ser usado de forma generalizada.

También son útiles los modelos informatizados. En realidad serían la panacea de la investigación. Lo serían si nuestros conocimientos del funcionamiento de los seres vivos fuera tan profundo como para desarrollar una "cobaya virtual" que respondiera a cualquier interacción como lo haría una real. Pero esto, hoy por hoy, es pura ciencia-ficción, muy, muy lejana de la realidad.

Ante todo quiero dejar constancia que me estoy refiriendo a la investigación con fines médicos. La investigación similar dedicada al desarrollo de "potingues" rejuvenecedores me trae sin cuidado que sea directamente prohibida. Es más creo que, al margen del tema del

artículo, estamos malgastando una enorme cantidad de recursos en esas tonterías que resultarían de mucha mayor utilidad en otras áreas de investigación.

¿Qué alternativas tenemos? Si descartamos la experimentación animal, dos fundamentalmente: optamos por realizar la experimentación directamente con personas, asumiendo altos riesgos para ellas (entre un 15 y un 20 por ciento de mortalidad), o abandonamos la búsqueda de nuevos remedios.

También podemos dejar que la investigación se lleve a cabo en países menos estrictos con la normativa. Aunque eso sería una actitud claramente hipócrita. Nosotros no lo hacemos, dejamos que sean otros los que lo hagan, nos aprovechamos de los resultados, y de paso les criticamos por su falta de respeto a los animales.

Si optamos por la experimentación humana, una de dos, minimizamos los riesgos a que van a ser sometidos quienes participen en la experimentación (lo que sería un engaño criminal), o deberemos dar una compensación considerable a quienes se ofrezcan voluntarios. En este último caso es evidente que el proceso se aprovechará de las desigualdades sociales, de la injusta distribución de la riqueza, que impulsará a aceptar semejantes riesgos a quienes estén en situación social precaria. ¿Es eso más ético que la utilización de animales?

Si por el contrario descartamos la investigación, condenamos a la enfermedad e incluso a la muerte a muchísimas personas que hubieran podido curarse. Deberíamos tener presente que, cuando tomamos una decisión como la presente, causaremos un mal y un bien, y la responsabilidad existe tanto por acción como por omisión.

La oposición a la experimentación con animales por respeto a sus vidas, parecen haber errado el objetivo. Si realmente buscan el respeto a la vida animal, sería más lógico que su objetivo fuera convertir a la humanidad en vegetariana, puesto que mueren muchísimos más animales por motivos alimenticios que a causa de la investigación. Pero puede que se hayan percatado que tal objetivo es imposible, teniendo en cuenta que por naturaleza el ser humano es omnívoro, y el consumo de carne y pescado siempre ha formado parte de su dieta.

Pero hay otras cuestiones que también deberían plantearse. ¿No sería coherente con su pensamiento que se prohibieran las campañas de

desratización? ¿De qué son culpables ratas y ratones para que los exterminemos? ¿Acaso su vida tiene menor valor que la de los animales de laboratorio?

Quienes se obcecan en oponerse a la experimentación con animales, suelen plantear que no es posible atribuir más valor a la vida humana que a la de cualquier otra criatura. ¿Quién puede demostrar objetivamente que la vida humana es más valiosa y tiene por tanto mejor derecho a ser preservada que la de cualquier otra especie?

La pregunta en si es absurda. Surge, precisamente, del desarrollo de una cultura creada por la propia especie humana. Ninguna otra especie es capaz de desarrollar una cultura, por lo que eso mismo nos hace diferentes.

Para desarrollar una cultura ha sido precisa la confluencia de varias condiciones. No solo un grado alto de inteligencia, sino también la bipedación que permitió el uso de las manos para actividades complejas. Pero estas tampoco habrían sido posibles sin el pulgar oponible. Y aún hay más, un medio de comunicación capaz de transmitir ideas elaboradas. Sin el lenguaje, sin un medio de transmitir los conocimientos (y la acumulación de los mismos) cada generación debe empezar casi desde cero y no pueden producirse avances significativos en la cultura. La suma del lenguaje, la inteligencia y la habilidad manual da lugar a otra forma de transmitir el conocimiento aún más efectivo, la escritura. Pero todo ello no sería suficiente sin la capacidad de organizaciones sociales complejas, que permitan la especialización de funciones. Es la suma de todas estas condiciones lo que nos ha llevado donde estamos. Algo que no ha sucedido con ninguna otra especie, y es lo que nos diferencia de ellas.

Vayamos al concepto de valor de la vida y valor de la vida humana en concreto. El valor de la vida es un concepto humano (derivado del hecho cultural). No existe como factor independiente. La ley de la gravedad existe más allá de que haya o no seres inteligentes que la conceptualicen. Es un factor físico real. Cuando se formó el Sistema Solar, la gravedad fue un factor fundamental para aglutinar el polvo, las partículas hasta constituir los planetas y demás cuerpos existentes. No fue necesaria la existencia de una especie inteligente para que ello sucediera.

Pero cuando hablamos de valores éticos, estos solo se pueden dar si existe un ser inteligente que los define. No tienen preexistencia. Y como tales son subjetivos. Su valor objetivo, simplemente no existe. Por eso la pregunta es absurda.

Como valor subjetivo, priorizar la vida humana sobre la de las demás especies no solo es lógico sino también coherente con los determinantes de la vida. Los instintos con los que, por naturaleza, están dotados los seres vivos (incluyéndonos a nosotros) alientan la supervivencia del individuo y de la especie. El león no se pregunta si su vida tiene más valor que la de la gacela que caza. Simplemente la mata y se la come. Y la gacela, por supuesto, intentará escapar y evitar ser cazada, sin preocuparle si el león se muere de hambre.

Eso no quiere decir que la ética, como elemento cultural, no sea importante. Solo que es un producto de la cultura, que debe ser guiada por la racionalidad, que su función es buscar un equilibrio en nuestros actos que garanticen un modelo social estable donde lo individual y lo social sean compatibles y con ello garantizar la supervivencia del individuo y de la especie. Nada fácil desde luego.

Creo que la concepción objetiva del valor de la vida viene de un error bastante común, la personalización de la Naturaleza. Es frecuente oír hablar de la Naturaleza como si fuera un ser inteligente, con voluntad y finalidad en sus actos. Deberíamos tener en cuenta que cuando nos referimos a la Naturaleza en realidad hacemos referencia a un conjunto de causas y efectos que hemos observado en nuestro entorno y que tienen como consecuencia el desarrollo de la vida. Pero no existen finalidades concretas ni valores morales que condicionen dicha evolución. Los valores morales los crea nuestra cultura. Atribuir a la Naturaleza individualidad, finalidad, ética, es en realidad convertirla en una especie de dios equivalente a los de las religiones. Se corre el riesgo de sustituir una deidad por otra, cayendo en los mismos errores en que caen las religiones clásicas.